

res se ven á larga distancia, su perfume se percibe en las mismas calles. Granada entera florece, se abre á nueva vida á los ojos, se viste de juventud y no es la naciente flor con la esperanza del fruto la que nace en los jardines, es la flor brotando espontáneamente. Hay que verlos en verano, hinchando la ciudad, ensanchándola por todos lados con el verde que se escapa de sus poros, ocultándola al amparo de su sombra, y hay que verlos en otoño y contemplar su deshoje, como lo hemos ido contemplando estos dos meses.

Los olmos son los primeros en perder su entera y rubia tersura, su verde tierno palidece y sus hojas se tambalean en las ramas tiritando indecisas antes de lanzarse á volar á la ventura; siguen los plátanos, trocándose sus colores de manzana en rojos de sol poniente y en cadmiums de verde tostado; luego tiemblan las demás hojas, los castaños, los nogales y los olmos sienten correr el otoño por sus venas y, entrando el frío en sus ramas, empieza el gran desfile del paisaje, la emigración de cada año, la llegada del invierno sembrando la muerte á su paso.

Entonces Granada entera parece una ciudad fantástica, bañada por el incendio de una puesta de sol deslumbradora; el ambiente se llena de una nube de puntitos de colores que vuelan indecisos, siguiendo los caprichos del aire que se los lleva; los bosques de la Alhambra imitan y se visten de las mismas tintas de oro del Alcázar, pintan del mismo tono los árboles de los paseos, y el suelo va alfombrándose con esos exquisitos *bibelots* aún flexibles de vida, con esos pedazos de delicada materia, con

esas hojas de finísima pátina que son restos melancólicos de otro verano que ha muerto.

Aún del suelo las arranca el huracán y las levanta y las lanza en torbellino y las persigue á lo largo de los caminos y aún del aire y van á caer al riachuelo que, jugando, se las lleva hasta el Genil.

Allí es su entierro. La tierra se queda como apagada por el hálito del invierno y secos los bosques de Granada. Allá, en medio de sus cármenes, se destacan los cipreses, los laureles y los mirtos, esos árboles perennes que soñamos al soñar en los jardines modernistas.

 VI

Alonso Cano

Una de las sensaciones artísticas más intensas que he sentido, de esas impresiones que pagan con creces el ansia de belleza que uno persigue por esos mundos de Dios, de esas visiones que quedan y repercuten de vez en cuando en la memoria, llevando el recuerdo de algo realmente bello, que se guarda y saborea... la sentí al contemplar el San Francisco, de Cano.

Recorría la catedral de Toledo, impresionado por su imponente grandeza. Andaba al azar, admirando sin plan premeditado lo que pasaba buenamente delante de mis ojos, cuando un sacristán hízonos entrar en una vasta capilla enlutada y severa y en vuelta en la penumbra.

No sabía lo que íbamos á ver en aquel antro. Seguía distraído á los demás, oyendo la explicación que nos hacía aquel buen hombre, curioseando los tesoros y reliquias que se entrevén medio ocultos en todas las obscuridades de aquel inmenso arcón de piedra, cuando encendió una cerilla, buscó una llave, abrió un armario, y aproximó la luz para que viéramos dentro.

Posible sería describir lo que allí vimos, pero imposible del modo fantástico como lo vimos. Allá, en el fondo del mueble, una figura mirándonos fijamente, un ser casi vivo muriéndose, una cara de una palidez de cera, lívida y desencajada, entreabriendo unos labios de agonía; un ser sin cuerpo, de una rigidez de cadáver que se incorpora de la tumba, iluminado vagamente por aquella luz vacilante, que dibujaba la tétrica silueta, en el fondo del armario.

Sentí cuasi escalofríos. A la impresión de la obra maestra que teníamos delante, juntábase el vago terror que me inspiraba aquel raro consorcio de místico realismo. El marfil de su cara, su oscuro hábito, la materia apropiada de que iba vestida la escultura, era solo el ropaje plástico, de un sentimiento infinito. Por ese soplo inexplicable é indeciso, que lleva el sello del genio, la obra llegaba á esa suprema belleza, que evapora la misma obra, dejando sólo el arte puro que encierra. Aquella figura sufría, se moría, sentía el estorbo de un cuerpo sirviendo solamente de mortaja á un espíritu queriendo huír de la tierra; su boca tenía ya las ansias de la otra vida, y sus ojos clavados y abiertos de un modo vago, miraban hacia un más allá deseado

ardientemente, de un más allá deseado con toda la aspiración de un alma que se lanza á lo infinito, con toda la angustia del que atraviesa una llanura de espinas esperando encontrar al final de la jornada el limbo de gloria soñado, el imán que atrae su fuego, la calma definitiva.

Mirábamos la mística figura desde el fondo, y no era su misticismo el del flamenco Van der Leyden, enamorado de los primores de la línea, buscando el dolor en los más sutiles pliegues de la expresión del sentimiento, gozando en interpretar el sufrimiento, siguiendo el curso de una lágrima en las pálidas mejillas, con el sentido deleite del que copia una gota de rocío; no era el misticismo de Morales, pintando las huellas que en el cuerpo humano anuncia la llegada de la muerte; no era el arte decorativo del misticismo de Memmi, volando su corazón hacia el reino de los ángeles; ni la plácida serenidad, el suave y dulcísimo arrobamiento, la comunión con las nubes, el reposo azul sentido por Fra Angélico...; era el dolor del deseo, el ansia fervorosa de dirigirse hacia una gloria vista á través de la muerte, el desprecio de la vida, avanzando el alma en los ojos para lanzarla del mundo, y el deleite de la fe, rezando cerca del oído promesas embriagadoras.

Delante de aquella figura extraordinaria, no recordábamos artista que nos diera una idea tan latente de la vida del espíritu, que angustiara tanto al crear, que hallara con más fortuna los pliegues del sufrimiento, que dibujara el dolor, las angustias y arrobamientos del encendido ascetismo, la ansiedad de ideal y la sublime aspiración de algo soñado. No era « el seráfico jardinero », descrito por nuestro

gran Verdaguer, el espíritu que canta, el labio que sonríe y llama las tórtolas á su convento; no era el que suspiraba en los bosques de la Umbría ni el que hablaba á los ríos y á las flores y abrazaba los árboles de la llanura ni el que miraba la alondra subiendo á saludar la aurora ; era el santo que tiene un volcán en el pecho, el que cambia su vestido de blanca seda por un hábito destrozado, el que atormenta su cuerpo revólcase sobre espinas, el que riega con lágrimas de sangre la imagen de Jesús Crucificado, el que halla la dulzura en el sufrimiento, vida en la muerte, y el que en éxtasis navega hacia la gloria. « Tan sólo el Greco había logrado fijar en sus pálidas cabezas, esa fuerza del sentimiento subrayado, el matiz de la expresión, la sensibilidad exquisita de los nervios, sirviendo de cuerdas vibrantes á los ayes del espíritu. »

Y aquella imagen, mirándonos, destacándose en la penumbra, parecíanos la imagen de una época tenebrosa. Vimos allí, y la vemos recordándola, la España negra de otros tiempos, la calles tortuosas de Toledo, el ceño fruncido de los Felipes, el Santo Oficio congregado en salones glaciales, enlutados y tétricos como una tumba ; los peninentes ocultos detrás de la negra vesta ; Santa Teresa sublimando el sufrimiento, los poetas místicos pulsando las cuerdas de su negrísima lira, toda una época allí vimos empañada por un hálito terrible, envuelta en las sombras de un realismo misterioso, una época entrevista allá en el fondo, como la obra maestra, á la vacilante luz de un cirio pálido.

Cerraron aquel armario, y tanta era la vida que parecíome ver en aquella obra, que no creí que en-

cerraran la figura ; creí que emparedaban un ser vivo, que condenaban al tormento á quien gozaba atormentado, que enterraban en la sombra una visión, y salí de la capilla con el peso que deja en el corazón la pesadilla de un sueño bruscamente interrumpido.

Desde entonces la figura de Alonso Cano apareció á mi mente con vivísimo interés ; fué uno de aquellos hombres cuyas huellas se buscan, medio borradas por la frialdad del tiempo ; los anales de cuya vida se siguen para llegar á comprender sus sentimientos, y se acude á ver sus obras, atraídos por un imán misterioso, atracción renovada aquí en Granada por ser la ciudad natal del artista extraordinario.

Aquí seguí paso á paso la memoria de su vida, investigando el camino de sus raras emociones ; aquí traté de respirar el ambiente que le hiciera concebir sus sueños tétricos é inspiróle sus páginas dolorosas, y en la Granada de otros tiempos creí entrever la influencia ejercida en aquel temperamento. Para los árabes expulsados y muchos de ellos convertidos á la fuerza, la religión era una lucha, un sentimiento secreto oculto en el fondo del espíritu, una bandera amenazando á los vencidos. No era el convencimiento cristiano el que se inculcaba á los árabes ; era el temor del poder, el dominio de una raza sobre otra, el mandato imperioso de un pueblo conquistador. Una orden expulsaba á los moriscos rebeldes, otra los esclavizaba ; hoy borrábase una costumbre y matábase una tradición al otro día ; la sumisión operábase, no con el ramo de olivo, sino con la espada levantada brillando entre el incienso,

allá en el fondo de las oscuras catedrales, y el arte de aquellos días llevaba impreso en su misticismo el fervor negro, la fe de la amenaza, el ardor angustioso de un arte propagador, que quiere infiltrar sus creencias por los espasmos del miedo, subyugando con los rayos del talento.

Ya el padre de Alonso Cano construía retablos para los templos, y el artista, en su infancia, debió sentir la influencia del ambiente que bebía en sus nacientes visiones. El canto gregoriano entrando en sus oídos vestido de majestad; las negras siluetas de los congregantes pasando en fila, como fantasmas, bajo la bóveda de las severas catedrales, ó hundiéndose en el antro de las criptas; las imágenes vagamente iluminadas agonizando en la penumbra; los sarcófagos medio hundidos en los muros; los frailes macilentos siguiendo los entierros; el grito del órgano y el rumor del rezo, que sintió en los primeros albores de su vida, fueron sin duda de aquellas sensaciones que se graban en la mente y se deslizan más tarde en la obra del artista, de aquellos recuerdos inconscientes que, vibrando en las fibras del cerebro, repercuten en las horas del sueño de creación, y que formaron su arte; su arte sin una sola sonrisa de la gracia primorosa de los árabes; su arte de hombre del Norte, su arte de sangre gótica encendida por la lucha de su época.

Mandóle su padre á Sevilla y allí entró en el taller de Montañés para estudiar la escultura, y en el taller de Castillo y de Pacheco para aprender la pintura. Este maestro, que decía á sus discípulos que « la sola misión del arte es llevar los hombres á la piedad y conducirlos hacia Dios », que negaba

la imaginación si se apartaba del dogma, que escrutaba los más delicados casos de artística conciencia, que discutía el color de los vestidos de los santos, teologaba la pintura, y fué encargado por la misma Inquisición de mantener la ortodoxia; este severo maestro debió influir en los destinos de Cano, debió ennegrecer su alma, ya predispuesta al goce de pintar el sufrimiento; debió encauzar sus dolores y dirigirlos al terreno de la plástica.

Sin embargo, no fué pintando como Alonso Cano encontró los acentos verdaderos de su arte. El color, con sus suavidades y armonías, no prestábase al carácter que quiso dar á su obra. Necesitaba la materia para vestirla con una realidad que se acercara á la vida; necesitaba la palidez del marfil para crear los cadavéricos rostros, la madera para obtener la rigidez del ropaje, la carnación bruñida para imitar la pátina de la muerte en sus figuras; necesitaba el cincel para seguir fibra á fibra los recónditos secretos del dolor, el curso de las arterias y los perfiles del espíritu que debía imprimir en sus creaciones; y la plástica de la escultura, más palpable de sí y de más rudeza, fué más dócil á su estilo. Este fué propio y personal. Del maestro Montañés bebió el realismo minucioso, del renacimiento italiano la tradición distinguida, pero trajo á su escultura, desigual é incorrectísima á veces, ese sello de enferma virilidad, esa fiebre de un ardiente fanatismo, esa embriaguez oscura que fueron características de su poderoso genio.

Armado ya de las fuerzas adquiridas en su arte, se le ve desaparecer en las nubes de su historia, como una sombra, como una figura triste, como una

errante silueta, como un ser vagando con sus pasiones, sus ásperas violencias y ascetismos, señalando las huellas de sus pasos por las diversas ciudades que cruza con las obras que va dejando henchidas de sus angustias. Un día se le encuentra desafiando al pintor Llano Valdés é hiriéndole gravemente; otro día se le sabe protegido por Velázquez, viviendo en Madrid, dando lecciones al príncipe Baltasar y tratándole severamente; sospéchasele perseguido por la Justicia, acusado de haber dado muerte á su mujer; encuéntrasele en la Cartuja de Portaceli, donde intenta vestirse el hábito monacal; se le ve vagando enfermo, infortunado é iracundo, sin respeto por los grandes y generoso con los pobres, orgulloso de su arte y altivo con los soberbios, detestando á muerte á los judíos y odiando á los ignorantes del arte, hasta que, triste y cansado, se le ve volver á Granada, donde otorgan mísera « ración de música » « á este sujeto »; toma las órdenes menores en aquella Catedral, llena de dulces recuerdos de su infancia, y allí, viviendo á media luz, mecido por los rumores del templo, meditando entre los átomos de indecisa claridad descendiendo de los altos ventanales, sueña en sus santos y en sus ascetas, nutre su alma con silencio y vaguedad, y en ella encierra sus obras, enmarcándolas con capillas fastuosas y glaciales.

En ellas hemos visto, envueltos en ambiente misterioso, los cuadros de Alonso Cano, ennegrecidos y velados por la sombra que deja el tiempo en la tela, modelados con el oro de los años, destacándose en su pátina, entre manchas sienosas; una cabeza de virgen meditativa ó un penitente delirando

ó un grupo trazado severamente; en ellas, la Concepción, primorosa figurita, mirando como no he visto mirar á otra figura, mirando tristemente ensimismada, vagamente distraída, escuchándose volar el pensamiento hacia el reino de los cielos y plegando las manos con dejo de desaliento; en ellas, los bajo-relieves y bustos y figuras atribuídas al artista: la virgen del Rosario, cariñosamente modelada; la virgen de los Dolores, arrodillada y melancólica, vista por un alma decadente, sublimando con sencillez afinada; la imagen de San Bruno, aspirando el aire del cielo, turbados sus ojos con éxtasis, poseído de amor divino, y apoyadas las manos en el pecho, en actitud de guardar el fuego santo, y otras y otras figuras, llevando todas un rayo de inspiración, un soplo de luz divina transmitida por el alma del artista.

Pero donde renovóse la impresión profunda que me causó la imagen de San Francisco, fué al contemplar la cabeza de San Juan, guardada en San Juan de Dios. Esta obra de arte es sencillamente sublime; es de una belleza imponente, y es una obra maestra en el sentido absoluto. Colocada sobre sencilla bandeja, ella sola concreta las tres fases del artista. Denota el sabor del Renacimiento, el cabello cuidado, cayendo en grandes y artísticos bucles sobre el plato; explica la influencia del realismo español de aquellos días, el estudio anatómico del cuello, las venas y las arterias cortadas, los nervios interrumpidos, los músculos rotos y la sangre coagulada y estudiada con amor naturalista, y admírase el personal sentimiento en aquel rostro de hermosura indescriptible. Los ojos, hundidos y

plegados con dulzura, son los ojos de un muerto que murió llorando, las cejas convulsas no descansan todavía, la boca, abierta aún, acaba de lanzar el último grito de angustia de la vida que se aleja; los labios parece que palpitan temblorosos, y el dolor de la muerte no ha olvidado ni una arruga de sufrimiento en aquel rostro divino.

Aquel busto es una imagen postrera, y... ¿quién sabe, si fué la obra postrera del artista? Por que Cano murió en Granada; murió rechazando el crucifijo con que se le exhortaba, por ser una mala escultura..... y murió en la mayor miseria.

Allí, bajo las losas del coro, en aquella catedral de sus ensueños, le enterraron, y allí descansa roreado de sus obras.

VII

La toma de Granada

El invierno entrábase por las puertas de Andalucía, no respetando meridianos ni fronteras *climáticas*; Sierra Nevada, cubierta de nieve *fresca*, enfriaba el viento que cruzaba por sus cumbres, y el tal viento, al llegar á nuestra Granada, mataba las pocas hojas que por arraigo natural se sostenían todavía en las ramas de los árboles, y..... en fin, que estábamos en invierno, y, sin más figuras retóricas, habíamos decidido marcharnos con los colores á otra parte.

Pero antes queríamos ver las fiestas de Navidad, y sobre todo la fiesta de la rendición de Granada, conmemorada aquí todos los años, desde el día en que Fernando é Isabel tuvieron la gran fortuna de poder ver por sus ojos la hermosa Alhambra, intacta aún de las torpes profanaciones de sus gloriosos descendientes; queríamos oír la campana de la Vela, celebrada en los cantares de esta tierra, y ver « La toma de Granada », comedia, drama, auto sacramental ó lo que sea, representado cada año en este día, como acto tradicional, conmemorando aquel hecho glorioso.

Ya en Noche Buena, el bullicio que reinaba en estas calles pintorescas predecía que algo serio se preparaba. A pesar de la lluvia, cayendo inoportunamente, las guitarras no cesaban de sonar; en cada casa oíase el ruído de panderetas; las zambombas resonaban por las calles, las chicharras gruñían por todas partes, y la triste Granada, la melancólica ciudad cristianizada, se embriagaba de alegría, cantaba en ayes flamencos y lanzaba notas del agudo más subido.

En las iglesias la misa del gallo se rezaba á coro con un bullicio inevitable, á pesar de todas las leyes, bandos y prohibiciones; la guardia civil, armada, paseábase en parejas por el templo; registrábase á los devotos para ver si llevaban panderetas y zambombas; pero, á pesar de todas las precauciones, á pesar de una ley datando del siglo XIII, prohibiendo que *se facen villantías y desposturas que non deven otrosí estas cosas fazerse en las Iglesias, antes deben de echarse dellas desonrradamente, á todos los que las ficieren, ya que*